

QUE EL CIERZO NO SE LLEVE SU VOZ

En Aragón, el cierzo parece llevarse voces que el silencio deja atrás.

Ella caminaba por la ribera del Ebro, con los ojos llenos de futuro y los sueños tan grandes como el horizonte.

Él la seguía con palabras dulces que, poco a poco, se volvieron sogas invisibles, él quiso atrapar su brillo.

Por las noches, la luna la miraba desde lo alto, testigo muda de sus lágrimas. Ella sentía su luz helada en la piel, como si la luna supiera algo que los demás no querían ver.

Esa luna que en los versos de Lorca anunciaba tragedia, también brilló sobre su ventana la última noche.

En el instituto, los rumores corrían más rápido que el cierzo: "solo le miraba el móvil de vez en cuando", "solo se enfadaba a veces".

Pero los solo se convirtieron en cadenas invisibles y su sonrisa, en un recuerdo.

Una madrugada, la luna se tiñó de rojo sobre el Ebro.

El cierzo soplabla fuerte y su nombre quedó flotando en el aire, como un susurro que dolía pronunciar. La luna, al retirarse, pareció pedir perdón.

Entonces comprendimos que el silencio cuando se calla ante el miedo, también hiere y mata.

Hoy, bajo el mismo cielo de Aragón, ya no dejamos que el viento se lleve las palabras, hablamos en las plazas, en las aulas, en las redes.

Nombramos la igualdad con orgullo porque sabemos que cada gesto cuenta, que cada voz puede salvar otra.

Miramos a la luna como símbolo de memoria, de todas las que ya no están.

Ya no queremos más lunas de duelo reflejadas en el Ebro. Queremos un futuro libre de miedo donde el respeto y la libertad sean el lenguaje del amor y donde ninguna voz vuelva a apagarse con el cierzo.

SELENA FRANCO PARDILLOS

Zaragoza